

---

## *Periodismo y Literatura. Interacciones.*

---

Si bien a estas alturas es difícil establecer límites, fronteras categóricas entre periodismo y literatura, es evidente que en el inicio de ambas materias como medios de expresión impresos se les tenía en niveles perfectamente distinguidos. Desde la invención de la imprenta y a través de toda la era capitalista clásica, del siglo XVI al XIX, los poseedores indiscutibles del idioma fueron los escritores; sin embargo, las mutaciones en los órdenes sociales obligaron a la diversificación, a la ampliación de quienes tendrían acceso a manifestarse públicamente, a opinar, a informar y no sólo a través de los libros. Por ejemplo, pensemos en la Revolución Francesa: a partir de ese hecho histórico, el escritor deja de ser el único que habla, surgen otros hombres que se apropian del lenguaje del escritor con fines políticos, y aparecen también los periodistas en el sentido en que hoy los identificamos, quienes, por moverse junto a los escritores y los políticos, se apropian del lenguaje de aquéllos al mismo tiempo que lo modifican e influyen: unos y otros, escritores y políticos, se percatan de que los modos expresivos del periodista son los más eficaces para comunicarse con el pueblo, de manera que no tienen más remedio que aceptarlos y hacerlos suyos. Empieza de ese modo la interacción entre periodismo y literatura, las demarcaciones se hacen menos precisas cada día.

José Acosta Montoro dice al respecto, clarificando: “durante tres siglos la literatura ha dominado al periodismo, salvo en aquellos países donde hombres de empresa fueron descubriendo una forma adecuada al medio de expresión, mediante la cual se conquistaban más fácilmente los mercados. Es el caso de los Dana, Hearst y Pulitzer en Estados Unidos; Girardin, en Francia, y los Walter, en Inglaterra. El escritor era el dueño de la palabra y de su expresión escrita. Pero cuando, a partir de la Revolución Francesa y de la independencia americana, la palabra pasó al pueblo, los medios de comunicación se vieron forzados a admitir la llegada de quienes, sin ser escritores, sabían comunicarse con los demás de modo adecuado y siempre proporcionando a sus semejantes el alimento informativo que pedían”.

Y llegó el momento en que el periodismo, independizado en cierta manera de la literatura, como en su día hiciera el teatro, tenía resortes suficientes para devolverle influencias a cuantos escritores han llenado siglos de comunicación literaria. El periodismo había estilizado sus propias formas, y de una mezcla —sabía por ser popular— en que entraban técnicas literarias y brevedades periodísticas, nacieron dos géneros que, individuales y concretos, empezaron por sentirse propios, para terminar influyendo poderosamente en la labor de los escritores en su tarea libresca. Esos géneros, los dos por excelencia del periodismo, son la entrevista y el reportaje.

Aun en nuestros días, sin embargo, es posible escuchar a periodistas que denuestran el trabajo periodístico de los escritores y a escritores “puros” que despoticen contra el trabajo de los periodistas. Creo que ambas posturas se deben a la prevalencia de falsos conceptos, de concepciones maniqueas de lo que unos y otros entienden de los demás. Es cierto que cada especialidad tiene sus propios niveles de formación, que hay una especialización *técnica* en cada caso, y subrayo la palabra *técnica* porque es de esperarse que sea lo que distinga prácticamente a un escritor de un periodista, porque, por lo demás, se confía en que los dos poseen una infraestructura, por llamarle de algún modo, intelectual, ética, profesional de igual peso y profundidad; ambos tienen conocimientos en todas las áreas del saber, son dueños de una capacidad de interpretación de la realidad y sus propósitos tienden en una misma dirección: informar, orientar y aun educar al público lector. De modo que las diatribas, sean del lado que sean, me parecen inútiles, reaccionarias, lo mismo que las eternas distinciones entre una y otra profesión.

Hemos llegado a un nivel de conocimientos en todos los renglones que resulta imposible que escritor y periodista marche cada cual por su lado, nunca como ahora su labor conjunta se ha hecho tan necesaria e indispensable. En las civilizaciones más avanzadas, cuando menos, se ha comprendido este fenómeno y se acepta sin reservas. La comunicación se sustenta en la coparticipación de escritores y periodistas, llegando a vertebrarse un nivel intermedio de profesionales que podemos llamar escritor-periodista o periodista-escritor, sin importar el orden.

Este nivel de asimilación, o mejor dicho de compenetración, se manifiesta, como ya se ha dicho, con la aparición de dos géneros esencialmente periodísticos: la entrevista y el reportaje: cuando me refiero a la entrevista hablo de la entrevista técnicamente elaborada, según preceptos profesionales, y no del mero diálogo o conversación del que, naturalmente y desde siempre, han surgido las noticias; el reportaje no tiene discusión: es acaso el género totalizador por excelencia. Cuando estos géneros alcanzaron sus expresiones mayores, la literatura se benefició ampliamente con ellos, del mismo modo que el periodismo había obtenido ganancias indudables a través de la crítica, el artículo de opinión y la crónica, elementos de ascendencia literaria por excelencia. Hay, desde entonces, una retroalimentación que queda clara y que ya no puede desplazarse.

Este siglo ha sido especialmente pródigo en la aportación de grandes maestros del periodismo literario o de la literatura periodística, si se le puede llamar así. Pensemos en el caso inobjetable del norteamericano Hemingway. El se inició como reportero del *Kansas City Star*, y son célebres sus envíos como corresponsal de un diario canadiense y otras revistas, de las informaciones que se generaban en las guerras eu-

ropeas. Sus crónicas inauguran un concepto informativo y al mismo tiempo abren nuevas posibilidades a géneros narrativos como el cuento y la novela. Los partes informativos que escribió para los periódicos respecto de la Guerra Civil Española son los mismos que dan forma y vertebran la novela *Por quién doblan las campanas*; otras de sus obras, que le valieron el entonces prestigiado Premio Nobel de Literatura, se sustentan en su actividad periodística primigenia.

Y no podemos dejar de pensar en Truman Capote. Con él, según varios especialistas, terminan por difuminarse los límites entre periodismo y ficción. Su obra *A sangre fría* está considerada como una de las obras maestras de la literatura universal, es acaso la mayor de este siglo en Estados Unidos, a decir de otros críticos. Y esta novela, recordémoslo, no es sino un extenso reportaje escrito, como todo reportaje, a partir de hechos reales y comprobables, pero ejecutado con las mejores armas estilísticas, con la apropiación de un lenguaje y una capacidad de percepción sin parangones. Capote emplea en su novela las mejores herramientas del periodismo: la investigación, la entrevista, los archivos, etcétera. El resultado no pudo ser mejor.

Hubo, como se sabe, una generación de autores, sobre todo norteamericanos, que se conocieron como los “nuevos periodistas”, y que no hacían otra cosa que fusionar, espléndidamente, los mejores elementos del periodismo y la literatura para dar forma y corporeidad a un estamento intermedio entre ambas materias de las cuales siguen beneficiándose tanto literatos como periodistas. Porque es de suponerse que leyendo los trabajos de escritores como los citados, muchos reporteros se motivan para conferir a su trabajo cada día más y más calidad, por darle otras dimensiones. Y eso se comprueba cotidianamente, en muchos medios y ámbitos.

Para terminar con este renglón concerniente a la distinción entre periodistas y literatos, me parece oportuno e ilustrador recordar la acción del escritor italiano Alberto Moravia, acaso el mayor novelista de su país y uno de los más importantes a nivel mundial: a los sesenta años de edad, ya con todo su prestigio literario universal, recibió su diploma como periodista. Creo que se entiende claramente la forma en que un hombre, literato, de su talla, concibe el valor del periodismo y lo dignifica y nos obliga a dejar de lado viejas como ociosas discusiones respecto de qué área o materia o profesión es más importante o valiosa o mejor: ambas tienen, en muchos sentidos, un destino común.

Diré, por último, que en México, si bien han existido a lo largo de la historia fricciones entre periodistas y escritores, también ha habido y hay abundantes ejemplos que evidencian la esterilidad de los distingos. Pensemos en Altamirano, en Prieto, en Justo Sierra, en Payno, en Riva Palacio o en Azuela quienes, en su tiempo, hicieron de la literatura y el periodismo una sola entidad que sustentaba su vida profesional; o recordemos que los mayores escritores mexicanos de este siglo han transitado invariablemente por el periodismo, o que muchos periodistas llegaron a ser al mismo tiempo grandes escritores. Los ejemplos abundan y es por eso inútil consignarlos.

Periodismo y literatura están de tal forma imbricados que es difícil establecer limitaciones genéricas, sobre todo en términos operativos y funcionales. Y qué bue-

no que así sea. Elementos sustanciales de la comunicación, constituyen un mismo bastión para esclarecer al hombre contemporáneo los turbios horizontes que debe, necesariamente, cruzar. El binomio periodismo-literatura es entonces un fenómeno de indudable eficacia para enfrentar el caos, para mantener las esperanzas por la permanencia de la felicidad humana.

**Ignacio Trejo Fuentes**